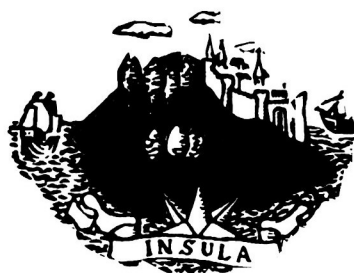

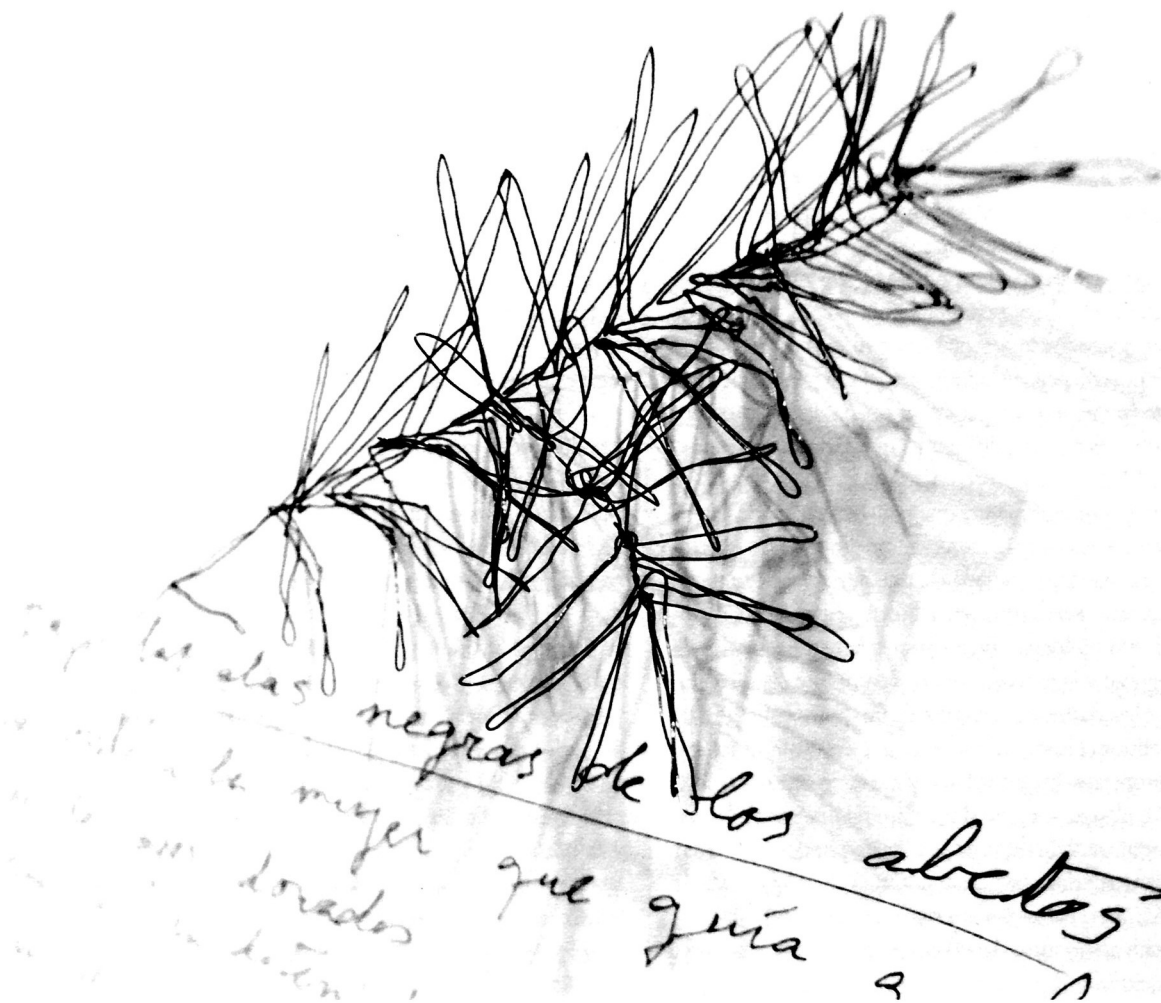


INSULA ~ 838



REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS / OCTUBRE 2016

 *Sombras de abeto.*
Serie líneas platónicas.
Tinta, alambre y sombra.
Cristina Almodóvar en
colaboración con el poeta
Antonio Colinas, 2016.



ANO LXXI
ESPASA LIBROS, S. L. U.

REDACCIÓN
JOSEFA VALCARCEL, 42, 5.º
28027 MADRID

SUSCRIPCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN
ROSELLÓ I PORCEL, 21, 2.ª planta
EDIFICIO MERIDIEN
08016 BARCELONA
TEL. (93) 499 39 32
FAX (93) 492 64 91
E-MAIL: insula@espasa.net
www.insula.es

DEP. LEG.: M. 210-1958
ISSN: 0020-4536

DE VARIA LECCIÓN: ESTADO DE LA CUESTIÓN SOBRE LOS EPISTOLARIOS EDITADOS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL MEDIO SIGLO, José Teruel.—BÉCQUER, PERIODISTA POETA, EL ESCANDALO DE *DOÑA MANUELA*, Joan Estruch Tobella.—EL MISTERIO DE ANTONIO MACHADO Y LO OCULTO DE HEIDEGGER, Juan Merchán Alcalá. **DOSSIER:** **RUBÉN DARÍO:** EDITAR A RUBÉN DARÍO, Ricardo de la Fuente Ballesteros y Francisco Estevez.—APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE RUBÉN DARÍO, Teodosio Fernández.—SOBRE EL TIEMPO GRIEGO, LAS CIUDADES, LA CULTURA FRANCESA Y PEDRO BALMAEDA, José Carlos Rovira.—RUBÉN DARÍO Y LOS INTELLECTUALES DE SU TIEMPO, Alberto Acereda. **CRÍTICA E HISTORIA:** EL TROVISMO ESPAÑOL Y SU EDAD DE PLATA POPULAR, J. Ignacio Díez.—LA ECFRASIS: INSTRUCCIONES DE USO, Luis Bagué Quílez. **CREACIÓN Y CRÍTICA:** CERVANTES Y IOPH, COMO LOS VIO ALBIÓN HACIA EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX, Fructo Di Pastena.—JUAN MARSE Y LAS LAGRIMAS DE CAROL: *FSA PUJA LAV* (1970-1971), Laureano Bodet.—LAS VOCES DE TERRANOVA, Dolores Vilavedra.—*EL TRESO DE LA BALIENA* FIGAY JUAN DE LA CRUZ «PAJARO SOLITARIO», Cecilio Alonso.—RICARDO PÉREZ Y SU FORMA SUECICA: *LOS DIARIOS DE EMILIO RINZI*, Ana Gallego Cuiñas.—POESÍA Y ECOLOGÍA, Niall Binns. **EN SUS PROPIAS PALABRAS:** Antonio Colinas




ESPASA

R. DE LA FUENTE
BALLESTEROS Y
F. ESTÉVEZ /
EDITAR A RUBÉN
DARÍO

— (2016a). *Del símbolo a la realidad. Obra selecta*, Madrid: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española.
— (2016b). *Libros poéticos*, Ed. crítica de Alberto Acereda, Ricardo de la Fuente Ballesteros, Francisco Estévez y Juan Pascual. En prensa.
FERNÁNDEZ, T. (1998). «Los raros frente al decadentismo», Alfonso García Morales (ed.), *Rubén Darío. Estudios en el centenario de «Los raros» y «Prosas profanas»*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla: págs. 56-68.

JIMÉNEZ, J. R. (1990). *Mi Rubén Darío*, reconstrucción, estudio y notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez.
MONTERO, Ó. (1996). «Modernismo y degeneración. *Los raros de Darío*», *Revista Iberoamericana*, LXIII: págs. 821-834.
RIVAS BRAVO, N. E. (2006). «Breve recorrido por las ediciones darianas», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 35: págs. 13-20.

TEODOSIO FERNÁNDEZ / APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE RUBÉN DARÍO



HELIOS

64
Cuando maestro: recibí su carta y el artículo de Blanco Fombona, que le agradezco mucho; ya le enviarán a este señor las pruebas; yo me encargó de ello. Dijenme entre otros Ricardo, cómo me envió un soneto — "Un soneto a terrantes" — de usted, para "Helios"; ¿me mandará usted algo más, a fin de que si fuera dos páginas de verso, de usted? ¿Cuándo vendrán las Prosas? Esto deje de escribirme. Un millón de gracias por el soneto. Se abraza

A. Fontanari del Rosario J. R. Jiménez
Príncipe de Vergara. 14.

Tarjeta postal que
J. R. Jiménez envió a
R. Darío el 16 de julio
de 1903.

El pasado es irrecuperable: lo demuestran las biografías de Rubén Darío, construidas sobre todo con los recuerdos del poeta y de quienes lo conocieron, lo que con demasiada frecuencia las sitúa más cerca de la ficción que de la historia. Ciertamente, los estudios sobre su literatura y la de su tiempo han contribuido a aclarar la trayectoria del escritor, y el análisis de la documentación relacionada con él va permitiendo precisar no pocos detalles de su vida. Pero aún queda camino por andar, y las líneas que siguen apenas pretender ser una prueba mínima de ello.

Animado por una invitación de M.^a Araceli García Martín, directora de la Biblioteca de la AECID, he dedicado algún tiempo a examinar los documentos relacionados con el poeta nicaragüense que contienen tres carpetas conservadas en esa institución madrileña. No parecen haber llamado especialmente la atención de los estudiosos, a pesar de que la mayor parte de esos documentos se exhibieron en la exposición «En torno a Rubén Darío» con que en 1967 se conmemoró el centenario del nacimiento del poeta. La revista *Cuadernos Hispanoamericanos* le dedicó ese año su número 212-213 (agosto-septiembre), en el que no he hallado eco alguno de ese material. Autó-

grafos de José María Vargas Vila, Luis Bonafoux y Emilia Pardo Bazán ahí custodiados se reprodujeron en el número extraordinario (el 234, septiembre de 1967) de *Mundo Hispánico* dedicado a Darío, donde Antonio Oliver Belmás, director del Seminario-Archivo instalado en la Universidad Complutense de Madrid, hizo referencia a los documentos conservados en el entonces Instituto de Cultura Hispánica (1), así como a los que Alberto Ghirardo se llevó a América. También, entre las noticias relacionadas con la celebración del centenario en Madrid, se hacía referencia a la exposición mencionada.

Después de dedicar durante años no poco tiempo a la lectura de sesudas y con frecuencia innecesarias aproximaciones a la obra de Darío, la revisión de esos materiales me ha procurado una sensación de alivio: por fin afronto la necesidad de dar (lo consiga o no) soluciones precisas a enigmas concretos. Son sobre todo cartas de amigos y familiares, que poco dicen sobre su producción literaria, pero que resultan de notable interés a la hora de precisar la biografía del poeta, pues ofrecen datos para rectificar o completar los hasta ahora tenidos en cuenta. Obligado a la brevedad, en esta ocasión utilizo como referencia fundamental *La dramática vida de Rubén Darío* de Edelberto

Torres Espinosa (2), «la más completa, la más detallada, la insuperada y quizás insuperable biografía del poeta» (3), de modo que en adelante me limitaré sobre todo a consignar datos que allí no aparecen o resultan imprecisos o equivocados, casi siempre por deficiencias de las fuentes consultadas.

El documento más antiguo de los que ahora quiero mencionar es una relación de gastos elaborada por Esteban Arenillas, a quien se hacen varias referencias en el «Diario de Italia» incluido en *Peregrinaciones*, sin dar nunca su nombre. Él era el «caballero argentino» al que Darío acababa de conocer cuando tomó el tren en París (4), y que fue su compañero del viaje realizado entre el 11 de septiembre y el 1 de noviembre de 1900. Dos tarjetas de visita añaden interés a esa relación: en la primera, del 27 de enero de 1901, el mentado Arenillas reclamaba a Darío dos Baedeker de Italia que le había prestado; en la segunda, del 10 de marzo del mismo año, pedía al poeta que saldara en todo o en partes la deuda que había contraído meses antes con él y que equivalía a 900,24 francos, a juzgar por la suma final de unos gastos que había anotado minuciosamente. Tanto la identificación de ese compañero como sus referencias al trayecto recorrido obligarán a modificar en no pocos detalles el relato habitual de aquel viaje a Italia, basado sobre todo en las crónicas que Rubén escribió por aquellos días y notablemente embarullado por recuerdos ajenos.

Las pruebas de los problemas financieros del «Envoyé Spécial de *La Nación* de Buenos Ayres», por reiteradas, no ofrecen particular interés, pero sin duda lo tiene el incidente que se deduce de una *carte postale* de 26 de noviembre de 1903 en la que Genaro Cabestany recuerda la falta de respeto con que el poeta lo había tratado, a la vez que reclama el pago de una deuda de doce francos «por lecciones a doña Francisca Sánchez», para llegar a una conclusión amenazadora: «Si mañana mismo no soy pagado presentaré una reclamación donde corresponda y usted sufrirá el perjuicio de que se publique lo que debe estar callado». Ignoro de qué lecciones se trataba, pero esa información se suma a otras que animan a cuestionar la opinión de Oliver Belmás al asegurar que Francisca «dejó de ser analfabeta en 1901, cuando Rubén y Amado Nervo le enseñaron a leer en París» (5), mientras los tres convivían en el apartamento del número 29 de la rue du Faubourg Montmartre.

De la documentación examinada se deducen otros datos merecedores de atención en torno a las relaciones entre el poeta y Francisca Sánchez. Una serie de referencias biográficas útiles parte del 26 de diciembre, fecha de una carta que necesariamente pertenece a 1900: desde París, Darío deja constancia de una soledad acentuada en fechas navideñas que le hace echar de menos a Francisca, a quien pide que se reúna con él en la capital francesa, eso sí, sin estorbos: «De venir, tendrías que dejar tu hija en el pueblo», advierte, en referencia a Carmencita Darío Sánchez, que pronto habría de fallecer. Bastante tiempo después, a juzgar por las tarjetas postales del 3 y del 27 de

marzo de 1903 enviadas al poeta desde Madrid, Francisca fijaba su residencia en el número 7 de la calle de la Ilustración, en espera de dar a luz por segunda vez. Ese dato no ofrecería mayor interés si Carmen Conde, que publicó otra tarjeta enviada el 5 de marzo, no hubiese concluido que «al mes, nacido ya Rubencito que su padre llamará *Phocás el Campesino*, los tres [Francisca, su madre y el niño] se trasladan a Navalsauz después de bautizar al niño en San Antonio de la Florida» (6). Los documentos ahora revisados dicen otra cosa. En tarjeta del 16 de abril Francisca se alegra de que hayan nombrado cónsul de Nicaragua a Darío —el nombramiento se había efectuado en Managua el 12 de marzo de 1903—, y otras del 26 y del 30 del mismo mes y de los días 7, 13 y 16 de mayo permiten comprobar que sigue embarazada. De la impaciencia de Rubén, solo en París, da indicios la actitud de Francisca, «esperando siempre el momento

deseado de salir de esto» y de reponerse para ir a cuidar de él, «pues solo la tataya sabe cuidar al tatay» (13 de mayo). Por fin la tarjeta del día 23 da al niño por nacido, en fecha que otras referencias permiten precisar: el 31 de mayo Francisca dice que el niño tiene «quince días solo» y que lo bautizarán el 4 de junio, con sus hermanos María y Patricio como padrinos, y que está deseando que pase la cuarentena; el 8 de junio anuncia para el 20 de ese mes el viaje al pueblo —finalmente llegarían a Navalsauz el 19— y en una tarjeta más, del 11 de junio, alude a un Darío molesto porque habrían dado al niño el nombre de Félix, por el día en que nació: lo hizo, por tanto, el 18 de mayo, día de San Félix de Spalato y de San Félix de Cantalicio. Francisca prometía no tomar más iniciativas sin consultar al poeta, a la vez que

Paris - Junio 20 1903
Mi muy querida hijita, Recibi tu tarjeta y me alegro de que sigas mejor cada día de salud. Lo mismo que el niño. Por lo que me dices del nombre del chico, no has entendido. Es una lástima que no sepas leer. Te decía que era una feliz casualidad, pues yo también me llamo Félix. Hay que pensar bien en el viaje. Amado dejará el día. Yo te escribiré y te mandaré carta certificada. Cuando tengas te contaré y verás un chao cosas. Mis asuntos por ahora no van muy bien, pero en lo adelante, será todo mejor. Deja al niño bien encargado y después veremos lo que podemos. Sin más por ahora, recibe un abrazo de tu papá
Rubén Darío

Carta de R. Darío a su mujer Francisca Sánchez del 20 de junio de 1903.

(2) Utilizo la octava edición, «definitiva, corregida y ampliada», Managua, Amerrique, 2010.

(3) Günther Schmigalle, «La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío. Problemas, soluciones y hallazgos», en Rocio Oviedo Pérez de Tudela (ed.),

Rubén Darío en su laberinto, Madrid, Verbum, 2013, pp. 69-83 (73).

(4) *Peregrinaciones*, prólogo de Justo Sierra, París, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1901, p. 161.

(5) Véase «El Seminario-Archivo en Madrid», p. 70.

(6) Véase Carmen Conde, *Acompañando a Francisca Sánchez*, Managua, Editorial Unión de Cardoza y Cía. Ltda., 1964, p. 25.

T. FERNÁNDEZ /
APUNTES PARA
LA BIOGRAFÍA
DE RUBÉN
DARÍO

le daba noticias del «tataisillo». El día 20 de junio Rubén aclaraba su actitud: «Por lo que me dices del nombre del chico, no has entendido. Es una pena que no sepas leer. Te decía que era una feliz casualidad, pues yo también me llamo Félix», le explicaba, a la vez que reclamaba su presencia en París, eso sí, sin el niño. Conclusión: Rubencito Darío Sánchez, el inmortalizado por el soneto «A Phocás el campesino», se llamó o estuvo a punto de llamarse Félix, y en junio de 1903 la alfabetización de Francisca aún no se ajustaba a las exigencias del poeta.

Sin duda la relación de Rubén con otros escritores constituye uno de los aspectos más atractivos al entrar en detalles sobre su vida. Entre los materiales examinados más relevantes se cuenta una tarjeta postal con matasellos de 16 de julio de 1903, que Juan Ramón Jiménez envió a Darío desde el Sanatorio del Rosario, en el número 14 de la madrileña calle Príncipe de Vergara. Tras informar sobre la publicación de un artículo de Rufino Blanco Fombona enviado por Rubén para *Helios* y la petición de otros textos que pudieran acompañar al ya recibido «Un soneto a Cervantes» —a través del actor Ricardo Calvo, a quien aparece dedicado en *Cantos de vida y esperanza*— en la misma revista. En el documento, Jiménez se muestra a la espera de «las *Prosas*», el ejemplar de *Prosas profanas* que había enviado a París y que Rubén habría de devolver ya en octubre con un poema manuscrito en la primera página: el que inicia el verso «¡Torres de Dios! ¡Poetas!», que *Cantos de vida y esperanza* albergaría después.

Esa presencia de Juan Ramón en la documentación revisada me da ocasión para ofrecer otra puntualización sobre la biografía de Darío, quien el 30 de noviembre de 1903 salió de París hacia Málaga en busca de un clima favorable para su salud, iniciando el viaje que daría lugar a *Tierras solares*. Escrita en folio con el membrete «República de Nicaragua — Consulado en París» y fechada en la capital francesa el 8 de diciembre de 1903, una carta sitúa al poeta en Málaga al menos desde el 3 de ese mes, pues Francisca asegura allí haberle enviado ya en esa fecha «un paquete con publicaciones en las que iban algunas “Naciones”», y haberle escrito en cuanto recibió su primer telegrama, que podría ser incluso anterior. En consecuencia, frente a lo que se suele asegurar, Francisca se había quedado en París, y allí continuaba cuando el 24 de diciembre Rubén escribía a 166 rue Legendre con la previsión de que su «querida hijita» se reuniera con él. Por otra parte, si el 30 de noviembre salió de París y el 3 de diciembre ya había llegado a Málaga (en barco desde Barcelona), el paso de Darío por Madrid en esos días fue probablemente fruto de la memoria creadora de Juan Ramón, encantado con el recuerdo de que el maestro admirado se desviara de su ruta con el único objeto de verlo. A cada cual lo suyo: Alfonso García Morales ya descartó hace no mucho tiempo tal visita (7). Ese Rubén «vestido de kaki, con sombrero blanco de paja, un panamá, botas amarillas, estrechas, la parte alta sin abrochar, botas que le hacían daño», y además «oscuro, muy indio y mogol de facciones» (8), me parece más acorde con su regreso de las tierras solares.

Las relaciones de Darío con los escritores hispanoamericanos afinados en París no siempre fueron las mejores. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, viejo conocido que lo acogió en su alojamiento de 29 rue du Faubourg Montmartre al llegar en abril de 1900, es una presencia notable e incómoda también en la correspondencia examinada, cuyo orden cronológico, por falta de fechas, resulta a veces difícil de establecer. Darío residía aún en Faubourg Montmartre cuando Gómez Carrillo, que se había separado de él a los pocos meses para trasladarse a 132 Faubourg Poissonnière, le reclamaba cincuenta francos que le habría prestado cuando cobró de [la Librería e Imprenta de

la Viuda de Ch.] Bouret lo que se le debía por su novela *Del amor del dolor* [*Del amor, del dolor y del vicio*], y que el nicaragüense no le devolvió al cobrar por la edición de *Prosas profanas*, la publicada en París en 1901. Una larga carta posterior no se conformaba con aludir a un Darío molesto por la reclamación de aquellos cincuenta francos, y recordaba que en Rat —*Au Café du Rat qui n'est pas Mort*, probablemente— había una deuda pendiente, y que Gómez Carrillo respondía por él, pero no por [Antonio] Machado.

En fin, Enrique estaba muy disgustado con Rubén, a quien acusaba de haber intrigado contra sus pretensiones de escribir para *La Nación*. Las diferencias mencionadas (solo un capítulo más en sus relaciones) debieron de manifestarse ya avanzado el año 1901, pues otra carta de Gómez Carrillo da cuenta de que Juan Valera acababa de publicar *Ecos argentinos* y de que el Sr. [José María] Drago, administrador de *La Nación*, había escrito desde Buenos Aires el 25 de julio de ese año felicitándose porque el guatemalteco empezaba a formar parte del cuerpo de sus colaboradores. Gómez Carrillo decía recibir ya ese periódico, que no había leído desde que dejara el apartamento compartido (desde que «nos dividimos los *faubourgs*», precisaba). La distancia pareció insalvable cuando se buscó sin encontrarse en el artículo de *La caravana pasa* sobre los intelectuales extranjeros en París, reproducido en un periódico de América. «No faltan ni Bonafoux, ni Fombona ni [Miguel Antonio] Pardo. El único que falta es Gómez Carrillo», reprochaba a Darío, contrastando su silencio con las líneas muy elogiosas que Emilio Bobadilla le había dedicado. «Conclusión: usted es mejor crítico sin duda. Pero él resulta mejor amigo», alegaba. Las cosas no podían quedar así, y en una carta posterior pegó un recorte de *La Lira Chilena* que apoyaba su opinión personal sobre la actitud de Rubén: «Letras Americanas — Un drama en una bohardilla. La fama de Gómez Carrillo alcanza a una popularidad inusitada. Es el ídolo de la juventud americana y tal vez el único escritor que ha destilado en los labios de Darío el vinagre de la envidia...». En compensación por los desaires recibidos, exigía unas páginas en *Helios* dedicadas a su libro en francés, elogiado por Max Nordau («lo más artístico, lo más bello que se ha escrito en castellano, lo único tal vez que merece pasar a todas las lenguas como un poema griego») y de posible publicación en alemán. Curiosamente, como permite comprobar el artículo publicado en *La Nación* el 20 de enero de 1901, Darío eliminó en *La caravana pasa* las referencias a Gómez Carrillo porque eran las destinadas a prologar la edición «definitiva» de *Del amor, del dolor y del vicio*, la publicada en París en 1901.

En la documentación relativa a esos primeros años del siglo xx no podían faltar José María Vargas Vila y Rufino Blanco Fombona. Las relaciones de Rubén con Vargas Vila resultaban relativamente tranquilas, aunque a veces el colombiano también bromeara a su costa, como cuando el 2 de abril de 1902 animaba al «vencedor de los marcomanos» y «carabela de Colón» a visitarlo en su nueva dirección en las alturas de Montmartre. Esa tarjeta y algunas más permiten seguir los sucesivos cambios de domicilio de uno y otro, y también los frecuentes problemas de salud que ambos padecían, sin que Francisca quedara libre de adversidades. Más molesto podía resultar Blanco Fombona, siempre dispuesto a alterar los nervios de Rubén, aunque alguna vez no lo consiguió: el 10 de diciembre de 1902 dirigió equivocadamente al 169 rue Legendre una *carte pneumatique* que, «ouverte conformément a la loi», fue devuelta al *envoyeur*, 15 place de la Madeleine: «Mañana a las once de la mañana me bato en duelo, en los alrededores de París, con [Jean-Auguste-Gustave] Binet-Valmer», anunciaba Blanco Fombona, invitándole «a ver cómo se la componía

(7) Véase «*Helios*, Juan Ramón Jiménez, y «siempre, más lejos o más cerca, Rubén Darío», en Rocío Oviedo Pérez de Tudela (ed.), *Rubén Darío en su laberinto*, pp. 105-125 (122).

(8) *Mi Rubén Darío (1900-1956)*, reconstrucción, estudio y notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, Moguer, 1990, p. 173.

D'Artagnan». Y concluía: «Eso no es todo. Pasado mañana me bato con [Albert] Erlande. Qué le parece. ¿All right?» Superadas las dos pruebas, Blanco Fombona le reenviaría esa carta, acompañada de otra rescatada hace algún tiempo en la Biblioteca Nacional de Chile, donde aseguraba que con aquella invitación había tratado de hacer una altísima distinción a quien lo conocía a él y conocía bien las leyes de caballería (9). Las diferencias que motivaron los duelos derivaban de lo opinado sobre un libro suyo en *La Renaissance Latine*, revista a la que estaban ligados los dos personajes desafiados.

Si las relaciones con escritores como Vargas Vila, Blanco Fombona o Gómez Carrillo han sido comentadas con frecuencia, apenas parece haber atraído la atención de los biógrafos de Darío la que el poeta mantenía, esta vez a distancia, con el argentino Leopoldo Díaz,

Consul Général de la République Argentine en Suisse durante esos primeros años del siglo XX. Entre los documentos ahora revisados ofrece particular interés una tarjeta enviada de Ginebra a Dieppe, fechada el 23 de agosto de 1901. Díaz sabía por su compatriota Belisario Montero, escritor y diplomático, que Darío y el argentino Manuel Ugarte, también de veraneo en Dieppe, pensaban viajar a Bruselas para asistir el 14

de septiembre a la boda de Evangelina. Lo cierto es que entre el 31 de agosto y el 4 del mes siguiente Rubén fechó en Bruselas «En tierra belga», crónica para *La Nación* luego recogida en *La caravana pasa*. Gómez Carrillo le había escrito no mucho antes, mientras descansaba en Nogent-sur-Marne, interesándose por su vida «diepera», de la que se mostraba bien informado. Si la Evangelina mencionada era o no la escritora peruana Zoila Aurora Cáceres, quien habría de casarse con el escritor guatemalteco ya en junio de 1906, es un enigma cuya solución queda aplazada.

París era sin duda el centro del mundo, y Leopoldo Díaz, marginado en Ginebra, reiteró las misivas a Rubén en busca de apoyos y contactos para darse a conocer. Los oficios de Darío no dieron el resultado apetecido, pues Ernest Lajeunesse nunca escribió sobre su poemario *Las sombras de Hellas*, cuya edición bilingüe en francés y español había terminado de imprimirse en Ginebra en enero de 1903, y Jean Moréas y Catulle Mendès ni acusaron recibo de ese libro. Desoso de ganarse a su viejo amigo, Díaz lo felicitó por su nombramiento como cónsul de Nicaragua, y se despachó con insistencia contra A[lfredo] de Bengoechea por el artículo que este publicó en

Mercure de France en mayo de 1903, situando a su primo José Asunción Silva a la cabeza del movimiento modernista. Como Rubén, él decía descreer de las celebridades francesas, contaminadas de *ganymederie* (o algo así), mientras que los latinoamericanos se mantenían aún «viriles y completos». Pero el nicaragüense no se dejó ganar por los halagos, a juzgar por las repetidas ocasiones en que Díaz lamentaba su silencio. En una de ellas añade una información de interés cuando, antes de apuntar que no ha recibido *La caravana pasa*, dice que ha leído un capítulo en la *Revista Moderna* de México. Sin duda se trataba del que allí se tituló «Páginas nuevas: la intelectualidad extranjera en París», publicado en el número correspondiente a la segunda quincena de agosto de 1903; esa era la revista de América cuyo título omitió Gómez Carrillo tras haber encontrado en ella las pruebas del

desdén y de la envidia de Darío hacia él.

Para concluir, una mínima aportación más. Investigaciones de Günther Schmigalle permitieron no hace mucho identificar como Charles Marie Claude a un clérigo francés que en la Argentina vivió por algún tiempo una tempestuosa pasión inenarrable, entonces y siempre perseguido por el espíritu del alcohol. Darío lo había conocido en Buenos Aires y re-


T. FERNÁNDEZ /
APUNTES PARA
LA BIOGRAFÍA
DE RUBÉN
DARÍO

Paris, 10 de Dic. 1902
Querido Rubén Darío.
Mañana a las
once de la mañana
me bato en
duelo, en los alrededores
de Paris, con
Binet-Valmer.
Lo invito a
que venga a ver
como se las
comprometa D'Arta-
gñan -
Si resuelve
lo, venga a
mañana tem-
pranito a mi
casa -
Luzo
R. Blanco Fombona
15, Place de la Made-
leine.
No está todo. Pasado
mañana me bato
con Erlande. ¿Me
le parece? All right?

París, según relató en «El general y el abate» (*La Nación*, 9 de abril de 1906) y habría de recordar en su *Autobiografía* (10). Poco o nada se sabe de su vuelta a Francia y de sus andanzas en los primeros años del siglo XX. Pues bien, en 1903 Jacques Morland sometía a la aprobación de Rubén la traducción francesa de la respuesta que este había dado a una «enquête sur l'influence allemande» que *Mercure de France* iba a publicar. Con eso parece tener relación un borrador de carta en francés, sin fecha, donde Darío responde a dos cartas de alguien que no se menciona, aceptando su «proposition sur l'enquête» y asegurando que «l'abbé Ch. Claude» es su traductor «depuis longtemps». Por otra nota sabemos que Charles Claude tuvo alguna vez previsto trabajar cada día mañana y tarde en la Bibliothèque National de París, y que pedía a Rubén que le comunicara cuándo y dónde podría verlo. Algo, aunque sea tan poco, empezamos a conocer sobre las actividades que desarrolló en París este curioso personaje, tan arraigado en la memoria de nuestro poeta.

Continuará.

T. F.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

 Carte pneumatique
que R. Blanco Fombona
envió a R. Darío el
10 de diciembre de 1902.

(9) Rubén Darío, *Epistolario selecto*, selección y notas de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, prólogo de Jorge Eduardo Arellano. Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos / LOM Ediciones, 1999, p. 90.

(10) Günther Schmigalle, «La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío...», pp. 76-78.